

# Huesped<sup>1</sup>

*Marta Ortiz*

Poeta, narradora<sup>2</sup>

para Angélica Gorodischer



Esparcía al andar una larga sombra palmípeda, un ligero meneo de cola de pavo real acribillando senderos de luz, polvillos flotantes, bichos de lluvia. Soberano del opulento territorio ovoide surcado de pequeñas extensiones de selvas vírgenes, se empinaba en el punto más alto de la cabeza anfitriona.

El tiempo había pactado entre ellos una inestable —entre serena y atormentada—, relación de convivencia: el huésped aportaba un servicio espontáneo de vigía permanente en razón de su situación de altura, y el aposento contenedor la topografía propicia erizada de capilares rojizos donde clavar las garras en caso de desequilibrio y consiguiente riesgo de caída.

Pero la simbiosis lograda adolecía de fragilidad estructural. Agobiada por la presencia intrusa, por la pérdida de libertad, ella pergeñaba la secreta esperanza de provocarle un resbalón y posterior e inevitable caída: giraba brusca la cabeza, saludaba, asentía, espía con el ojo largo. No digería que él nunca perdiera pie, o mejor, que no perdiera garra. Echó mano de turbantes, sombreros chinos, capelinas. Inadvertido, borrado así del mapa, si alguien por alguna razón intuía su presencia, la visión resultaría fugaz y pronto sepultada en el olvido.

Él dominaba el arte de desaparecer. Pese a sus constantes esfuerzos, ella nunca lo vio de cuerpo entero. Apenas retenía la visión de manchas grises, fragmentos de escamas, o quizás le parecieron grises y escamosos y en realidad hayan sido verdes y pinchudos o una combinación de ambas; y ese curioso modo de presentación segmentada la autorizó a fabular que él le temía a los espejos y se protegía de ellos abrazándose a la nuca de ella o apaisándose en la espalda a la altura de los omóplatos.

Probó abordar la zona en cuestión con súbitas palmadas como para matar un mosquito. Probó rascársela frenética con el filo de las uñas de los diez dedos. Pero nada. Él, del frontal al parietal previo toque del occipital, saltaba con agilidad de canguro y bastaba uno solo de esos paseos para que la palmada cayera seca sobre sí misma y así ella se resignaba una vez más a sufrir la molestia, la bronca, y peor aún, a soportarlo victorioso.

En noches de luna creciente se la veía hundir la nariz en lo profundo del ropero, elegir vestidos de muselinas y popelinas verdes, géneros plenos de esperanza, y disponer en el tocador un ejército de cepillos, tijeras y secadores: artillería pesada para atacar los latifundios invadidos. Pero él no se dejaba tocar, saltaba veloz a las antípodas y ella debía admitir que nunca podría vencerlo, que era más fácil que llovieran margaritas o que los sapos criaran pelo. En lo alto del rodete, haciendo pie entre dos horquillas, invisible para todos, insoportable para ella, se erguía soberbia la sombra con reborde de estrella y alas de lienzo, del dragón.

Por fortuna y como es sabido, el tiempo, erosiona y olvida. Progresivamente se fue desdibujando el origen de la contienda y despertó y esculpió el pilar de la seducción. Ella cedió a admitir en él una cualidad de removedor de calcificados asentamientos memoriosos. Entendió que no se trataba de un mero fetiche, sino de una cuña indagadora capaz de leer en sus pensamientos que —lisos y pedestres recién salidos del horno—, bajo la mirada lúcida de la extraña criatura, crecían independientes y fantásticos, como recién llegados de universos desconocidos. No sin asombro descubrió que rebalsaban una nueva materia: frutos adamascados, rosas como dédalos diminutos, cúmulos de agua clara, ciudades de roca, edificios de cristal.

Encantados de moverse en densas y variadas rutas a estrenar, ínfimos dragones despuntaban, en segundos se duplicaban y en cuestión de minutos ramificaban cuatro; la división a ritmo de vértigo no daba tiempo a ninguna otra cosa y el pensamiento de Angélica se iba espesando, como madurando un parto intranquilo y visionario. Fue un tiempo que asentó en ella la idea de promover el almacenamiento indiscriminado de dragones. Admitió la ventaja de propiciar el despliegue de sus alas de lienzo. Por increíble que pareciera, el secreto era parirlos y echarlos a rodar. Con los límites del caso, claro: respetar el perímetro del cuarto de trabajo so pena de verlos golpearse en las paredes y quedar atarantados como bichos de lluvia en la transparencia de un cristal los días de tormenta.

A su tiempo y a su modo, la escritora encontró la fórmula del equilibrio creador. El secreto para librarse del peso y la sombra morada del dragón gestante, consistía en transcribirlo. Darle la forma que la bestia intuía. La urgencia múltipara de ubicarse frente a una hoja blanca y escribirlos allí, vaciarlos, asistir a las deslumbrantes metamorfosis, al cambio de piel. Cada dragón transcripto semejava una laboriosa ceremonia secreta crujiente de exorcismos, pócimas y efectos secundarios.

Fue de ese modo que ella supo acumular multitud de partos alucinados. Fascinada, contempló sus códices numerados en las bibliotecas del mundo. Capaz de mover su cabeza con entera libertad, sin ocultos designios de guerras inútiles, ya no volvió a luchar contra su dragón. Lo dejó ser, a su modo lo alimentó, cuidó sus preñeces como se cuida la palabra sagrada. Sin él, hubiera perdido su apariencia contestataria, selvática. Su aspecto de cosmos mínimo. De sacerdotisa. De intérprete.

## Notas

<sup>1</sup> Hace más de veinte años yo asistía a los grupos de reflexión sobre género y escritura que Angélica Gorodischer coordinaba en su casa. Nos reuníamos en su “cuarto propio”, un sitio mágico cargado de libros, objetos, cuadros, que en cierto modo relataban su historia. A pocos metros, en el jardín, un bellissimo ginkgo biloba perdía sus hojas como abanicos dorados cada otoño. Desde mi lugar en torno a la mesa redonda que ocupábamos, yo veía, junto a una ventana también circular semejante a un ojo de buey, el dibujo enmarcado de una caricatura de Angélica con un dragón montado en su cabeza, original del reconocido historietista y humorista gráfico argentino Sergio Izquierdo Brown (1938-2020) —gentileza que agradezco a su hija Cecilia—, y que acompaña este texto. Dibujo sin duda perturbador que no tardó en convertirse en obsesión para mí. En poco tiempo inspiró este texto que hoy me animo a compartir como un pequeño homenaje a la inmensa escritora que ella fue, que ella es.

<sup>2</sup> Rosario, Argentina, 1948. Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Rosario, poeta y narradora. Publicó *El vuelo de la noche* (cuento, 2006), *Diario de la plaza y otros desvíos* (poesía, 2009), *Colección de arena* (cuento, 2013), *Casa de viento* (poesía, 2015), *Fuera de foco* (poesía, 2019).